

Tierra y Libertad

Barcelona, 12 de abril de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 8 - 15 CÉNTIMOS

Nuestras horas

Con toda la responsabilidad cargada sobre nosotros, con toda la metralla que puedan descargar los fusiles verbales de los que han llegado a super-hombres en el campo de las ideas anarquistas, contra nosotros, salimos al circo, dispuestos a gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones, que cese ya la lucha fratricida homicida, entre los que debían estar más unidos que todos. Sabemos que vamos a ser criticados por muchos teóricos, más teóricos que prácticos. Pero no importa. Estamos dispuestos a esto y a mucho más: al insulto. Nosotros creemos cumplir un deber de conciencia. Esto nos basta para alentarnos. Nos basta esto y el estar seguros que nos guía solamente la intención de beneficiar la idea y la libertad del pueblo. Podremos ir equivocados. Pero una equivocación no es un pecado: es hija del afán noble de querer colaborar a la buena marcha de la emancipación humana. No obstante, equivocados o no, nos decidimos a lanzar a los oídos espirituales de todos los hombres que quieren renovar a la sociedad, la comprensión de nuestra conciencia, de cual debe ser la actitud a tomar por parte de todos los revolucionarios ácratas, en estas horas, que pueden muy bien ser nuestras horas, en que España atraviesa unas circunstancias tan especiales. Lo repetimos: lo hacemos con toda nobleza y sin intención preconcibida de molestar la dignidad de nadie.

No se puede negar que en España, se fragua una revolución. De cómo será, depende en gran manera de la actividad que aporten en ella todos los sectores organizados. Pues hay que tener presente que el movimiento que se aproxima, no es su punto de partida una causa social; es política. Y abandonar la revolución a las manos de políticos, es hacer labor anárquica. No importa que el movimiento esté por un hecho político. La misión de todo revolucionario verdadero es la de intervenir en todos los movimientos, para procurar que de una causa política, sobrevenga una causa social. Si por las circunstancias tan especiales que atraviesa España, no es muy difícil encauzar los próximos movimientos, por los caminos que conducen a la cima de la verdadera libertad, hay que poner más empeño aún en conseguirlo. Pues nos encontramos ante un caso tan especial, que sólo se presenta cada cien años o cada cien siglos. Del triunfo o de la derrota, depende la libertad o la esclavitud, por mucho tiempo.

El pueblo español tiene al alcance de sus manos el poder desprenderse de todo un pasado oprobioso de claudicación de su *yo*. Con un esfuerzo, puede llegar a romper las cadenas. Si no lo hace, seguirá encadenado por infinidad de años. Pero precisa para eso, una unificación de fuerzas y una concentración de conciencia para valorizarse a sí mismo, y no detenerse a mitad de camino. Una vez la marcha emprendida, que no se trunque. Que se ilumine los ojos ante el espejo de la república. Desde el punto de partida de la monarquía, la república no dejó de ser un pedáneo más cerca a la cima de la libertad. Pero no es lo suficiente para dormirse en el bello republicano. Hay que subir más, mucho más. El error más grande que podría cometer el pueblo español, sería el dormirse con ese entaplasma. Quizás, momentáneamente le calmaría el mal, pero la causa de la enfermedad, continuará intangible. Por lo tanto sufrirá los mismos dolores.

La república no puede traer soluciones para los problemas del pueblo. Y no puede, porque una república no es una revolución, sino una modificación de lo estatuido y una lucha de salvación para todo lo que está llamado a desaparecer. La propia aristocracia, el propio capitalismo, abraza la bandera republicana, por ver en ella la posibilidad de alargar su vida de oprobio y latrocinio.

No vedas esto por puro desprecio y mucho menos para restar fuerza al movimiento revolucionario que se está fraguando. Al contrario: somos los primeros en desear que la revolución sea un hecho. Las vidas de los camaradas, dadas a esa finalidad, lo justifica. Lo que no podemos callarnos, es la intención que hay por parte de todos los jefes políticos de desvirtuar el verdadero sentido de la revolución. El querer cambiar solamente de gobierno, no es ninguna solución para los problemas apremiantes del pueblo hambriento y fulto de libertad. Entendemos que precisa se transforme la norma de producción y consumo y de enseñanza. Queremos que las fábricas, los campos, los talleres, sean propiedad común. Que toda la producción sea también de todos los productores. Con eso estamos seguros poder acabar con la crisis de trabajo de la presente sociedad que condena de hambre a pueblos enteros, cuando hay tantos almacenes repletos de harina y tantos campos por cultivar.

Todo esto no lo dará la república, como tampoco lo ha dado la monarquía. Sólo puede darlo una revolución que tenga más de social que de política. Pero esta revolución la ha de emanar el pueblo: no los jefes de un partido. Se conseguirá lo expuesto si los anarquistas toman una parte activa en lo que pueda venir y no dejar degenerar la convulsión en círculo cerrado del partido. Hay necesidad de que se rompan los

bordes de ese círculo y que marchen las corrientes rebeldes hacia campos más anchos. Para lograrlo no hay como mantener un contacto continuo con el que ha de ser el principal protagonista: el pueblo. Precisa también disponer de una organización potente que asuma todo el sentir y aspiración de ese pueblo. Creemos que para tal fin, nada más adecuado que la C. N. T.

Bajo este punto de vista, TIERRA Y LIBERTAD tiene a bien hacer una invitación a la F. A. I., a todos los anarquistas no federados y a los sindicalistas revolucionarios, a que dejen las cuestiones de forma o de personalismo y se haga una conjunción de fuerzas para tonar parte con eficacia en el próximo movimiento revolucionario.

La C. N. T. necesita refuerzo y éste puede otorgarlo la F. A. I. El sindicalismo necesita sabiduría y ésta puede dársela el anarquismo. ¿Por qué no se hace? Creemos que no es suficiente motivo el porque la C. N. T. parece haberse desviado del verdadero camino que se trazó al nacer, para que haya un marcado retraimiento por parte de los ácratas, en su batallar. Ese desviamiento, si es que lo hay, todos sabemos que es causa de terribles represiones. De él no se puede culpar a nadie.

En los momentos actuales en que todos nos necesitamos a todos, vale la pena de dejar meras cuestiones de forma, y llegar a la fraternal conjunción de fuerzas. Si la C. N. T. se ha desviado, más que más en poner empeño en no abandonarla. Se impone ante todo, la reflexión, la realidad, para ver que no sólo la amenaza el capitalismo, sino que también hay otro sector que le quiere clavar las garras: los siervos de Stalin.

Hemos dicho muchas veces, que el sindicalismo es el hijo espiritual del anarquismo. Si es así, ¿qué padre somos que queremos abandonar al hijo por una mera falta? Pongamos las manos en el corazón, camaradas anarquistas. Por seguro que éste os dirá la necesidad que hay de emprender el retorno hacia el sindicalismo. Eso sí; hay que hacerlo sin dejar de ser anarquistas. No se vaya a creer ahora que nos guía la intención de querer confundir lo uno con lo otro. Para nosotros el sindicalismo, nunca podrá suplantar al anarquismo. Lo uno es un medio y el otro un fin. Si hablamos como lo hacemos, es por la imperiosa necesidad de tener un arma orgánica para mantener el contacto con el pueblo, a fin de orientarlo hacia el verdadero camino de la liberación y de disponer de un sistema de convivencia para suceder a la presente, inmediatamente después de la revolución.

¡Camaradas anarquistas! ¡Camaradas sindicalistas! En nombre de nuestros hermanos asesinados os invitamos al abrazo espiritual para que sirva de base para la concordia.

Hambre

Con este título ha publicado el brillante periodista Luis Burbano en su sección «Visto y oído», de las Noticias de Barcelona, un hermoso comentario que nos complacemos en transcribir.

Dice así: Graves convulsiones políticas amenazan a la paz pública en España. Al anuncio de intensos movimientos revolucionarios acudieron a nuestro país periodistas del mundo entero. Entre ellos vino el gran reporter francés Henry Beraud, quien con las impresiones recogidas durante su breve estancia entre nosotros ha publicado un libro.

Un libro en el que hay de todo: bueno y malo. Apreciaciones ciertas y visiones desbordadas; claros juicios y falsos conceptos. Pero, por encima de todo, un grande, un noble deseo de imparcialidad.

Henry Beraud no vio la honda revolución que se esperaba. Sólo el molin callejero con frecuencia, trágico, y el eco apagado de una rebelión venida.

Pero apartándose de la algarabía ciudadana, busco en los pequeños, humildes pueblos castellanos, andaluces y aragoneses, la esencia misma del alma nacional.

Y Henry Beraud vio campos desolados, tierras infructíferas, labriegos sumidos en la ignorancia, agorrotados por un servilismo ancestral, anquilados por la fatiga, roído por las dolencias. Vio explotación inicua, analfabetismo, supersticiones, hambre.

El gran reporter pone el índice informativo sobre la llaga abierta. Ahí está el dolor de España, ahí está la clase de su infortunio, ahí está el foco hirviente que podría poner, según el informador, en el cielo claro de España, encendidos reflejos de revueltas.

Y tal vez no le falte razón. Hay hambre, mucha hambre y mucha injusticia social en las tierras hispanas. Y no sólo en los campos yermos de Castilla, en los infundados infructíferos de Andalucía. También hay hambre en el corazón de las grandes ciudades, en las alboradas de riquezas.

Luis BURBANO

Estampalografía

«A. B. C.» Primeras letras del alfabeto. Balbuco de la Intelligencia. Los pasos primeros de la infancia. Duda. Inconsistencia. Así es «A. B. C.» de Madrid. Pero «A. B. C.» es un niño prodigio. Y como todos los niños prodigios, acaba de dar la nota de extraordinariedad: se ha convertido en descubridor. No se trata precisamente de que haya descubierto un maliz nuevo en los nocturnos de Chopin, o una nueva forma de interpretación de la vida. Algo relacionado con la vida, no obstante, sí que es el descubrimiento de «A. B. C.» No de la vida espiritual, sino de la materia.

La Guardia... pretoriana—no me atrevo a llamarla Civil—ha de estar más que agradecida, a ese portavoz de los descendientes de aquellos antiguos inquisidores. Porque hasta ahora para «A. B. C.» los formantes de ese cuerpo, no sabían que salían del vientre de una mujer como los demás mortales. Ha sido necesario el pregón para que se enterasen de que tenían madre. Hasta ahora eran los hijos de nadie.

«A. B. C.» quizás vislumbrado, a pesar de su balbuco, la posibilidad de la existencia de seres humanos, sin la intervención de la hembra. Luego, y a medida que el tiempo pasa, se ha educado más y ha descubierto la existencia material de la G. C. Esta en compensación a tan gran servicio debe de estar obligada para ayudar a su vocero a la instalación de alambreadas eléctricas.

Porque «A. B. C.» ha dicho, que los G. C. tienen madre. Lo que ha olvidado decir, es que hay alguna madre, que se avergüenza de haber parido un hijo para G. C. Y las otras madres, las ha olvidado «A. B. C.» ¿No ha podido descubrirlas? ¿No le ha interesado descubrirlas? Por temor a que su recuerdo las sepultase de vergüenza.

«No se acuerda «A. B. C.» de Llavero? Pues éste también tiene madre. Y, padre. Y, esposa. Y un hijo pequeño. Y de Montejo tampoco recuerda? Y de Archa, Vandillos, Boal, Lapret, Perona, y de todos aquellos que fueron asesinados por las calles de Barcelona con la aprobación moral de los de la causa que apoyan «A. B. C.»?

Y por qué no mira «A. B. C.» en el interior de las Basillas españolas? Verla en el muchos hombres que no han delinquido, condenados a morir entre rejas, y que también tienen madre. Madres tan dignas o más de respeto que las de la G. C.

Pero para «A. B. C.» no tiene interés esto. Para tenerlo habría que empezar por poner un corazón en el pecho de «A. B. C.» Cosa imposible porque en el pecho de «A. B. C.» hay un fual.

«A. B. C.» Primeras letras del alfabeto. Balbuco de la Intelligencia. Portavoz del trogloditismo.

Domingo. Las doce del día. Día triste. Sol más triste aún. Ajetreo de la gente en festividad. De pronto, un apagado clamoreo de voces.

Tres una bandera triste como el día se agrupan cinco individuos: Tres hombres y dos chiquillos. Si fueran su ruta, hacia la calle Pelayo sin parar de gritar. Pero su voz tenía menos sonoridad que el claxon de un taxi.

Su paso era contemplado por la gente, como cosa rara y con una sonrisa de lástima. Ellos seguían no obstante dando vivas al Rey y mueras a los republicanos. Más de una esquinilla surge fuerte un murmullo... aquí don Galo me impide terminar... Se entaba seguidamente la lucha. La bandera cae al suelo y es pisoteada por ambos combatientes y al abandonado se le cambia el color del ojo. Todo esto en un momento.

Después de la derrota, la manifestación de los quinces, acuerda la retirada bajo la presión de las miradas hostiles de la gente. Dirigiéndose hacia su guardia. El más viejo de todos era un hombre que se hace pasar por capitán de la G. C.

Al llegar a la plaza Universidad reptaron los vivos, asemejando la personificación de un esqueleto gritando. ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir! Y en aquel momento el Sol acababa de encenderse avergonzado.

KRAK

Señores jueces: En lugar de perseguir a los hambrientos y a los hombres honrados, barían ustedes bien ocupándose del estafador Gaspazo, de Madrid; de los illos financieros de Compañys, del asunto de Magnus Nordbeck; del salvador Viscasillas, ex-batallado de Telégrafos. Y de otros muchos.

Ni aun así callaremos

En el primer número halló extremadamente pecaminoso el fiscal el responso que le dedicábamos a un guardia civil. En el siguiente halló materia delictiva en nuestro artículo «Ni la virgen era virgen no dios era dios».

Por el primero se nos acusa de apología del delito. Protestamos indignados. Delito es el fusilamiento de los hombres que se rebelan contra la tiranía; delito es encarcelar a los obreros sin más razón que el capricho de un político; delito es concertar empréstitos a espaldas del país; delito es violentar a todo un pueblo para imponerle la razón de la fuerza; delito es ametrallar a los que piden amnistía; delito es cada uno de los actos de gobierno que la tercera dictadura y sus ayudantes y sicarios están llevando a cabo.

No puede el fiscal denunciarnos por apología del delito. Porque nos hemos abstenido de hacer la apología de los delincuentes, o sea, del gobierno y de todos sus lacayos, de todos sus excesos y de todas sus desvergüenzas. Apología del delito fuera aplaudir al presidente Aznar; al especulador Ventosa y Calvell; a la guardia civil con hidrofobia y a los del casco dando vergajazos.

Nuestro concepto del delito es tan diferente al concepto gubernamental que, cuando los elementos del orden piensen que una cosa está bien, nosotros, sin preguntar qué es lo que piensan, hemos de pensar lo contrario.

«Apología del delito». Esa están haciéndola en cada momento los periódicos de la buena prensa que piden carne de revolucionario para desayuno de reaccionarios y tiranos; la cultivan los electores que hoy sostiene la reyerta inmundada por las consejillas—bills de indemnidad para el atracó a la caja municipal—y los subordinados del ministro de la gobernación que constantemente cometen delitos de agresión contra los hombres honrados y contra todos los que no quieren someterse a los dictados de las alturas. El delito está en ellos. Dictadores. Centuriones. Espas, gobierno, fuerza, jueces.

Nosotros entendemos la justicia de modo muy distinto. Y, si llega el momento de poner en práctica nuestros proce-

dimientos, podrán comprender todavía mejor esa diferencia los oprobiosos.

También se nos ha denunciado, decimos, por «escarnio a la religión oficial del Estado». Y nosotros denunciarnos a nosotros denunciados ante todo el mundo, ante todas las conciencias libres que no transigen con fábulas idiotas, por «escarnio del sentido común, de la lógica, de la verdad y de la cultura».

En estos tiempos en que los republicanos confiesan, comulgan, van a visperas y a maitines; en estos tiempos en que los curas se sienten republicanos y «revolucionarios»; en estos tiempos en que los jaimistas del dios, patria y rey se hacen republicanos porque la república es compatible con la religión, nuestra falta, nuestro «escarnio a la religión» es algo terrible. Van a perseguirnos desde el primado de Toledo hasta las huertas de Rovira y Virgili, Marañón, Alcalá Zamora y Marcelino Domingo. Es un caso gravísimo ese del «escarnio». Tanto, que comprendemos que los católicos apostólicos romanos republicano-monárquico-catalano-federado-espasos de todos los campos políticos españoles deben llevar las cosas con toda energía contra nosotros. Y lo primero que deben hacer es entrar a la mayor jerarquía de la iglesia ofendida en España. Que vayan a contárselo al Nuncio.

«Escarnio a la religión oficial del Estado». Bien. Pero adviertan los cretinos del poder que nosotros no admitimos ni el estado, ni la religión; ni la oficialidad. Para nosotros todo eso es letra muerta. Como si no existiera. Por lo tanto no hay ofensa. En todo caso, debería reformarse la denuncia diciendo que es por ofensa de las patrañas que fingen creer los facinerosos que se llaman gobernantes.

Esa definición nos parece más ajustada a la verdad. Patrañas. Que no creen pero que fingen creer los que en nombre del capitalismo, de la burguesía, de la explotación, de la brutalidad reglamentada, del delito legalizado, se llaman Estado.

Puede el fiscal seguir denunciándonos. No callaremos. Seguiremos imperturbables nuestro camino sin detenernos a tirar piedras a los gozquecillos que al paso nos salgan a ladrar.

«Falta de misión» es algo más importante que preocuparnos por una denuncia y por un proceso más o menos.

Después de la revolución

De dos revoluciones, diríanlos mejor. De la revolución de Jura y de la revolución literaria de los hombres de Madrid. Consecuencias lamentabilísimas que no queremos olvidar, que no queremos sean olvidadas. Nos referimos, naturalmente, a los presos y a las elecciones.

Los caudillos de la revolución política fracasada fueron a parar a la cárcel los unos; emigraron al extranjero los otros. Los insignificantes, la carne de cañón y de presidio, al fuego y al presidio ha sido entregada. Mahón está lleno de carne de cañón. De peones del movimiento. Y en otros presidios y en otras cárceles viven también hombres que de buena fe se dejaron arrastrar por los salvadores del país, por los revolucionarios que deseaban salvar la monarquía y conservar el orden.

Toda la gran masa republicana de España rebuzná alborozada cuando los procesados de Madrid lograron demostrar por medio de sus elocuentes abogados—abogados, sinónimo de equilibrista de la verdad y de la mentira—que no eran revolucionarios, que eran gente conservadora, de orden, digna de gobernar el país. Y cuando los capitanes generales del almirante literario-revolucionario salieron a la calle, todo les pareció arreglado a los republicanos y a los simpatizantes. Ya se había logrado el triunfo. Ya era posible ir a las elecciones. Ya no había víctimas en las cárceles.

Nosotros, hombres del pueblo, sabemos que en las cárceles y en presidios hay muchos hermanos nuestros; muchos presos políticos y sociales. Nosotros sabemos que el republicanismismo no ha obtenido ninguna victoria. Sabemos que los indignos embaucadores que instigaron a los crédulos para que se ofreciesen como víctimas propiciatorias han pasado la esponja del olvido sobre todo lo sucedido y, para completar su triunfo se disponen a obtener cuantiosos concejales para enriquecer a los ambiciosos miserables de las diferentes partidos. Decimos partidos. No es error de composición.

Los revolucionarios políticos han perdido toda noción de la dignidad. Antes de ir a unas elecciones debieron haber hecho un esfuerzo supremo para que los hombres encarcelados por la otra tiranía, por la gubernamental, fueran puestos en libertad. No lo han hecho así. Ni un telegrama de protesta, ni un millón pro amnistía. Nada. Elecciones. Elecciones. Peleas de rufianes por unas actas. Y a los presos que los parte un rayo. Que gimen en sus mataduras por la cobardía y por la ingratitude de los jefecillos. Es lógico que así haya sucedido. No nos sorprende.

Pero nosotros estamos en pie, dispuestos a evitar que la ruindad miserable de los agiotistas políticos logre su juego,

Nosotros no nos daremos un momento de descanso para combatir, organizadamente a los facinerosos del gobierno y a los saltadores de la oposición hasta que los presos sean liberados. Impediremos toda normalidad mientras haya una víctima. Demostraremos a los «revolucionarios» como se hace una revolución sana, sin miras a los millones municipales y a los contratos sucios. Demostraremos a los pretores que su alianza tácita con los revolucionarios políticos para la salvación del capitalismo, de la opresión y de la tiranía, no podrá resistir al empuje de los hombres honrados, de los hombres HOMBRES.

La C. N. T. acordó perturbar e impedir las elecciones. A la hora de escribir estas líneas no tenemos noticia de que se haya logrado nada. No es censura por nuestra parte. Tal vez imprevisitas circunstancias dificulten la realización de la obra propuesta. Pero nosotros no tenemos que esperar a que un organismo circule ordenes y determine los procedimientos; para nosotros hay un procedimiento siempre realizable, siempre eficaz. La llamada al espíritu noble y humano de todos los anarquistas para decirles: Compañeros, impedid las elecciones. Impedid la vergüenza de la «revolución» en las urnas para el disfrute de las prebendas. La gran masa productora española no debe reconocer la validez de las elecciones en estas circunstancias; tiene la obligación de imponerse a las partidas políticas para que, antes de que intenten repartirse el botín electorero—si lo consentimos—cumplan su obligación de sacar de las cárceles a todos cuantos por culpa de ellos mismos fueron a los calabozos.

Las elecciones deben impedirse a toda costa. Y si no es posible llegar a impedir las, debe rechazarse su resultado; la protesta de todo el pueblo sano debe hacerse efectiva con una huelga general hasta que renuncien sus actas los ingratos en el vódelirio trágico de las elecciones. Los hombres que comienzan por olvidar que han dejado en presidio a muchos otros hombres, dando así patentes pruebas de egoísmo, no pueden pretender que creamos en sus buenas intenciones como futuros gobernantes municipales.

Nosotros emplazamos a todos los anarquistas y a todos los hombres honrados y libres a que se manifiesten contra las elecciones. Emplazamos a todos los obreros; a todos los explotados para que, sin distinción de matices sociales, barran con la escoba de su indignación el estercolero político que hoy despedirá su máximo hedor putrefacto de carroña moral y material.

Lo repetimos: Las elecciones deben fracasar. Cumpla cada cual con su deber.